



Patrimonio inmaterial

Atarila y valeadora

Saber de:

Amalia Fraile y Manuel Pérez

Torresmenudas
Salamanca

Recogido por:
Grupo de mujeres y hombres
de Torresmenudas
(ADECASAL)

Abril de 2015

FICHA DE CONOCIMIENTOS
Y SABERES



DESCRIPCIÓN

- **La “atiña” o “atarila”.**

La “atiña” o “atarila” era la rapaza que iba recogiendo las gavillas para formar haces y atarlos.

Era un oficio de niñas-jóvenes, que además se encargaban también de llevar la comida y el agua a los segadores. En la era tenían que desatar los haces y esparramar la mies para que después pudiera ser trillada.

Otras jóvenes, después de realizar las muchas tareas domésticas (ir a por agua, atender la casa, hacer la comida, etc.), llevaban la comida y el agua en los botijos a los segadores y, una vez en las tierras, ayudaban a atar las gavillas.

Estas mismas mujeres también agavillaban otras plantas que después no eran atadas, como garbanzos, lentejas, etc.

Uno de los múltiples oficios que se realizaban en el campo era el de espigar, que consistía en recoger las espigas que se desparramaban por el campo en el momento de la siega.

Al terminar las tareas del campo, las mujeres no descansaban, sino que debían retomar de nuevo las tareas del hogar, que nunca terminaban, las mayores enseñando y las mocitas ayudando. Por desgracia, el trabajo de la mujer no se valoraba, a pesar de ser más que imprescindible para el mantenimiento y sustento de la familia.

- **La “valeadora”.**

Las últimas “valeadoras” que se recuerdan datan de los años sesenta-setenta.

Se trillaba la mies en las eras con ayuda de los bueyes y los trillos de madera, hasta que todo quedaba bien molido. Después se recogía la parva en un montón alargado, de no más de 3 metros de ancho, con el fin de limpiarlo mejor, es decir, separar bien la paja del grano. El viento era requisito imprescindible, cuanto más fuerte soplara, mejor.

Era en el momento de esta limpieza cuando entraban en escena las “valeadoras” con sus escobas o “valeaderas”. Las mujeres “valeadoras” barrían todo aquello que debía haber salido con la paja, como espigas mal desgranadas, troncos de cardos, etc., que, por ser más pesados que la paja, habían quedado mezclados con el grano.

Así como era beneficioso que el viento soplara fuerte para espolvorear bien la mies, era verdaderamente incómodo para las mujeres. En aquella época ninguna mujer vestía pantalones, y aunque los vestidos eran largos (los más cortos siempre debían tapar las rodillas), al tener que inclinarse para “valear”, el vestido se subía unos centímetros y, a la menor ventolera, la situación podía volverse muy comprometida para ellas. Por ello debían ingeniárselas para prevenir tales situaciones, y de este modo solían ayudarse con una prenda imprescindible para las faenas domésticas: el mandil.

En esta faena se lo quitaban de delante y se lo ponían por detrás. Semejante atuendo les quitaba encanto, pues no les favorecía nada, pero evidentemente no era el mejor momento para lucir sus pantorrillas.

Los hombres agradecían mucho este trabajo de las mujeres y reconocían que ellas lo desempeñaban mucho mejor. Lo que no reconocían, pero también pesaba mucho, es que ningún hombre de la época se veía a sí mismo manejando una escoba, y menos aún si ésta no tenía palo.



FOTOGRAFÍAS



1. Mujeres recogiendo gavillas para hacer los haces.



2. Mujeres espigando (recogiendo las espigas que se desprendían de las cañas de la mies).



3. Mujeres y hombres aventando la parva trillada.



4. Familia "valeando".

